

## EL ESTUDIANTE: MISIÓN Y ACCIÓN

Buenos días, Gran Canciller, Su Eminencia Reverendísima, señor cardenal Fernando Chomalí; Sr. Rector, don Juan Carlos de la Llera; Sr. Decano de Teología, don Fernando Berríos; Srta. Haddy Bello, Vicedecana; señores jefes de Pregrado y Postgrado; profesores, administrativos, personal de aseo, personal de biblioteca, compañeros y compañeras, y a todos quienes hoy nos acompañan.

Hubo una vez una idea sobre los estudiantes de esta Facultad de Teología: formar personas capaces de dar respuesta a los problemas sociales que se presentaban. Cuando Alberto Hurtado se expresaba en estos términos, ponía de manifiesto dos aspectos fundamentales de las responsabilidades intrínsecas al papel del estudiante: un rol social y un rol cristiano.

Hoy, sin embargo, el estudiante promedio de esta facultad ha ido dejando de lado sus responsabilidades sociales y, por tanto, se ha debilitado también su rol cristiano. Al parecer, ha olvidado que vive en sociedad y que la moral cristiana exige un compromiso concreto con los hermanos.

### EL ESTUDIANTE COMO PARTE DE LA UNIVERSIDAD

¿Qué está diciendo el presidente del CET? Para responder a esta pregunta debemos situar al estudiante como parte de la universidad: un lugar donde se desarrolla junto a sus compañeros, experimenta diversas situaciones cotidianas y donde debería participar activamente en su propio crecimiento y en el de la comunidad.

Entre todos los aspectos de la vida universitaria, la participación estudiantil constituye un pilar fundamental del rol social del estudiante. Esta participación demuestra que conoce los problemas que lo afectan a él y a sus compañeros y que, frente a ellos, reconoce una responsabilidad: responder.

El estudiante debe responder ante preguntas sobre proyectos, decisiones que impactarán el entorno donde estudia, ante las situaciones que afectan a sus compañeros o

ante las ideas que se defienden públicamente en nombre de los alumnos de nuestra universidad.

Entre las distintas herramientas disponibles para participar, quiero centrarme en la más sencilla y cercana: la posibilidad de representar a los compañeros en las distintas instancias universitarias, ya sea como delegado de curso, miembro del TRICEL, integrante de una directiva o incluso participando simplemente en las votaciones.

Permítanme hacer algunas preguntas: ¿Saben ustedes cuántas personas se han acercado a postular como delegados de curso? Cero. ¿Quién de ustedes, sabiendo que nuestra lista está buscando vocalías, se ha postulado? Nadie.

Da rabia constatar que, para una votación virtual en la que se aprobaba o rechazaba el petitorio feminista y la paralización por el Día de la Mujer, ni siquiera votó la mitad del padrón. Sin embargo, para la “hamburguesada”, todos se registraron. Y entre ambos procesos, se demoraban más respondiendo la inscripción que emitiendo su voto.

Esta situación no es nueva. Es un problema que se arrastra desde hace años y que refleja con claridad algo preocupante: al estudiante no parecen interesarle ni sus compañeros ni el entorno en el que vive diariamente. Porque, si realmente le importaran, participaría no solo por convicción personal, sino por la responsabilidad de estar inserto en una sociedad a la cual está llamado a contribuir.

## IMPACTO CRISTIANO

La principal consecuencia de esta falta de responsabilidad social es un debilitamiento directo del perfil cristiano del estudiante.

Cuando se discuten temas relevantes que afectan a otras personas, el estudiante de teología muchas veces no se pronuncia: ni a través de sus representantes ni en los medios de comunicación universitarios.

Este silencio abre paso a diversas posturas que pueden ir en contra de la dignidad humana, de la justicia social y de lo que enseña la Iglesia. Y, por nuestra ausencia, esas posturas quedan sin respuesta.

Miremos un ejemplo concreto: el año pasado, durante esta misma época, la FEUC se pronunció en contra del aborto. La controversia fue inmediata. Hubo manifestaciones, muchas de ellas realizadas cerca de nuestra facultad. Los distintos medios universitarios se llenaron de columnas de opinión; la mayoría de ellas estaba a favor del aborto.

¿Creen ustedes que tuvieron alguna objeción cristiana proveniente de nuestra facultad? Ninguna. De los 130 estudiantes de esta facultad, ni un comentario en redes sociales, ni una columna de opinión defendiendo la vida. Entonces surge una pregunta incómoda: ¿con qué autoridad nos quejamos de que las nuevas generaciones de estudiantes de una universidad católica defiendan valores contrarios a los que nuestra institución promueve?

Es hipócrita lamentarse por la leche derramada si, cuando era posible actuar, no se hizo nada. No podemos llamarnos cristianos y observar como simples espectadores lo que ocurre en nuestra propia universidad. El cristiano tiene la responsabilidad moral de participar en la sociedad defendiendo sus valores. Pero nada se puede hacer si no se interviene en la vida social. Es como una casa: si los cimientos están mal —es decir, la responsabilidad social—, el edificio del cristianismo termina por derrumbarse.

## MIRAD AL CRISTO SUFRIENTE

Cristianos y cristianas, compañeros y compañeras: levántense de esas sillas.

Estamos todos en la misma barca, como nos recuerda el Papa Francisco. No podemos dejar de lado nuestra responsabilidad social. Organícense, participen, comprométanse. Porque, si no lo hacemos, corremos el riesgo de perder el sentido de ser el “corazón del campus San Joaquín”.

Cuando hablas públicamente en temas sociales, cuando criticas proyectos que atentan contra la dignidad humana o contra el cuidado del medio ambiente; cuando recuerdas que el crecimiento económico no puede construirse a costa de reducir recursos destinados a la educación, la salud o la vivienda, entonces reconoces en el otro la figura misma de Cristo sufriente, presente en quienes padecen cada día las injusticias.

Por eso pregunto: ¿Para qué estudias teología? ¿Para qué quieres las herramientas de excelencia académica? ¿De qué sirve estudiar en esta facultad, con excelentes profesores y funcionarios, con una biblioteca dedicada a tu área, si en la práctica toda la Antropología, la Moral, la Ética y la Cristología que estudias quedan encerradas entre estas cuatro paredes?

Si piensas que tu formación se limita a los libros, a los cuadernos y a las salas de clase, estás profundamente equivocado. No necesitamos personas que se queden con el pensamiento para sí mismas, sino personas que lo pongan en práctica. Recordemos lo que decía el padre Alberto Hurtado: “El mundo no se salvará por cruzados que lleven una cruz en el pecho”. Y yo les digo hoy: esa cruz que llevamos debe convertirse en participación.

Quizás algunos respondan: “no podemos opinar; la mayoría somos seminaristas o religiosos”. Ese argumento es falso, pobre y mediocre. El Papa Francisco lo ha dicho con claridad: *los cristianos no podemos hacer de Pilato y lavarnos las manos. Debemos involucrarnos en la política, porque es una de las formas más altas de la caridad, ya que busca el bien común.*

De nada sirve darle al que necesita “té y pancito” si, cuando aparecen proyectos que pueden agravar su situación, permanecemos en silencio. O se defiende antes del problema, o no se defiende.

Y si los problemas ya existen y no hay discusión, recuerda esto: tienes voz, tienes manos y tienes mente. Úsalas. No te quedes sentado en la banca. Busca, dentro de tus capacidades y talentos, la forma de esparcir la semilla del Evangelio. Esta no se transmite únicamente en la predicación desde el púlpito, sino también —como dice Moingt— en la voz pública de las personas, cuando reclaman sus derechos y buscan ideas que permitan mejorar su vida mediante la dignidad, la justicia y la equidad.

No quiero terminar sin agradecer a quienes ya se dedican a la labor social pública dentro de la universidad. A ustedes, muchas gracias de corazón.

Pero ahora te toca a ti, mira que el tiempo pasa.

¡Cristo te necesita!